

II TALLER DE ESCRITURA TEATRAL

NIVEL INICIAL 2025

Impartido por:

Luis Felipe Blasco, Gracia Morales
y Juan Alberto Salvatierra.

Con textos de:

Nacho Álvarez, Roberto Álvarez,
Raquel Holgado, Sergio Pastor y Eva Rubio.



escuela
remiendo



Escuela de Teatro Remiendo

II TALLER DE ESCRITURA TEATRAL

Nivel Inicial 2025

Impartido por:
Luis Felipe Blasco, Gracia Morales
y Juan Alberto Salvatierra

Con textos de:
Nacho Álvarez, Roberto Álvarez, Raquel Holgado,
Sergio Pastor y Eva Rubio.

ÍNDICE

SEGUIR

Nacho Álvarez Lucena 7

LA VUELTA

Roberto Álvarez 14

JAZMINES BLANCOS PARA MAMÁ

Raquel Holgado Macías 21

DETRÁS DE LA PUERTA

Sergio Pastor Polaino 29

CAMBIO DE CUADRO

Eva Victoria Rubio 36

PRÓLOGO

Nos quedaron ganas de repetir y repetimos, volvimos a convocar el Taller de Escritura Teatral de Remiendo, abrimos las puertas -presenciales y virtuales- de Remiendo para recibir a personas interesadas en la disciplina de la dramaturgia y, con la participación de Nacho, Roberto, Raquel, Sergio y Eva, agregamos a nuestra *familia remendera* nuevos miembros con quienes compartir nuestra pasión por el teatro en cualquiera de sus disciplinas.

Repetimos también quienes impartimos el taller -Gracia, Luis Felipe y Juan Alberto- porque quedamos encantados de la experiencia previa, tanto de los resultados que se plasmaron en la edición y en la escena, como del desarrollo de las sesiones específicas de trabajo.

No solo hemos realizado una nueva edición del Taller de Escritura Teatral, sino que lo hemos hecho por duplicado, esto es, hemos realizado un Taller de Escritura Teatral más avanzado para personas con experiencia previa en dramaturgia.

Para este nivel más avanzado sumamos dos dramaturgos-docentes, Paco Gámez y Tomás Afán, conformando así un plantel de profesores -perdón por la inmodestia- absolutamente excepcional. Han participado en este taller avanzado antiguos y nuevos amigos *remenderos*: Marisa, Noé, Paco y Pedro.

En este volumen recogemos los textos emanados del taller de iniciación, las escenas escritas como trabajo final de taller por Nacho, Roberto, Raquel, Sergio y Eva. Estos textos -limitados en aspectos formales tales como el número de personajes, la extensión o el tono- debían versar sobre el concepto de *regreso*. Las escenas no debían obligatoriamente *representar* un regreso, pero sí, de alguna forma, este concepto, esta idea, debía impregnar el escenario.

En estas escenas han demostrado sobradamente absorber las herramientas fundamentales del oficio de la escritura, a saber: crear personajes verosímiles, hacer que estos hablen y actúen y, sobre todo, que importen y conmuevan a lectores y espectadores.

Quedan para otro volumen los textos emanados del taller avanzado, pues esos textos -escritos por Marisa, Noé, Paco y Pedro- aún tienen por delante su propia travesía hasta que sean recogidos en una edición similar a esta.

Los textos aquí editados son el resultado del trabajo realizado en el Taller de Escritura Teatral impartido en la Escuela de Teatro y Doblaje Remiendo por Luis Felipe Blasco, Gracia Morales y Juan Alberto Salvatierra.

El estreno se produjo el 29 de septiembre de 2025 en la Sala Val del Omar, de la Biblioteca de Andalucía, en Granada, con el siguiente reparto (por orden de aparición):

Aurora Terres Nicoli, Antonio Manuel Muñoz Jiménez, Alicia Pérez Redondo, Triana Fernández Murillo, Matías Bogado Varela, Carmen Menéndez Oubiña, María Hita Villegas, Raúl Gualda Marín, Sara Rodríguez Bellerín, Laura Alexandra Chica, Mario Delgado, Encarni Torres, Belén Morón Solís, Álvaro Blázquez, Marina Siri y Rebeca Quirós.

De la producción se encargaron Irene Lombardo, Fernando M. Vidal y Carlos Gil Company.

La dirección escénica corrió a cargo de Juan Alberto Salvatierra.

SEGUIR

Nacho Álvarez Lucena (Granada, 1979)

A Daniela, Carla y Cristina, por las que nunca perdería la esperanza.

DRAMATIS PERSONAE

MARGARITA. Mujer. Unos 70 años. Humilde pero segura y decidida. A pesar de su edad, es fuerte pero de trato y gesto amable.

CLAUDIO. Hombre. Unos 40 años. De aspecto cuidado pero casual. Se le ve algo cansado.

El salón de una casa humilde. Una mujer de unos 70 años, MARGARITA, lee sentada en un sofá. Suena el timbre. La mujer se levanta y abre la puerta. Aparece CLAUDIO, un hombre de unos 40 años.

MARGARITA. Hola Claudio. No te esperaba ya a estas horas. Pasa, pasa.

CLAUDIO. Gracias Margarita.

MARGARITA. Iba a preparar algo de cenar. Poca cosa, pero si te apetece acompañarme...

CLAUDIO. No, no quiero molestar. He venido porque he pasado esta tarde por el despacho del abogado y quería comentarte/

MARGARITA. *(Interrumpiendo)*. ¿Han descubierto algo?

CLAUDIO. No. En ese caso nos hubiera llamado la policía directamente para que fuéramos a comisaría.

MARGARITA. ¿Entonces?

CLAUDIO. *(Indeciso)*. Pues... La cosa es que existe la posibilidad de que declaren oficialmente la defunción de Sara.

MARGARITA. *(Mira a Claudio fijamente por unos segundos)*. No pueden hacer eso.

CLAUDIO. Al parecer, es normal que en casos de este tipo/

MARGARITA. *(Elevando la voz)*. No van a hacer eso. *(Se mueve por el salón, intentando aplacar los nervios)*.

CLAUDIO. El abogado me ha explicado que, en caso de accidente, pasados tres meses, se suele declarar fallecidas a las personas desaparecidas. Sara hace ya casi dos años que desapareció.

MARGARITA. Sí, pero no sabemos si Sara iba en ese autobús, por lo que no es seguro que tuviera ningún accidente. *(Nerviosa)*. Y de esto ya nos informaron... Como no fue un accidente, son diez años. Lo recuerdo perfectamente. Diez años. Además, la están buscando. Nos lo dijo la policía... Tienen que estar y que seguir buscando. Aún queda tiempo.

CLAUDIO. Nos dijeron que, lo más probable, es que los cuerpos que no aparecieron se los llevara la corriente, que iba muy crecida.

MARGARITA. Rastrear el cauce del río varias veces y mi hija no apareció. Aparecieron otros cuerpos, pero no el de Sara. Y nadie puede asegurar que Sara cogiera ese autobús.

CLAUDIO. La noche anterior al accidente hablé con ella y me dijo que lo cogería.

MARGARITA. Tú mismo explicaste que te dijo que, al día siguiente, iría al pueblo al que se dirigía ese autobús. Pero no que cogería precisamente ese autobús.

CLAUDIO. Me dijo que solo había uno al día que hiciera esa ruta y ya nunca más hemos sabido de ella.

MARGARITA. ¿Me quieres decir que no tienes ninguna esperanza de que regrese? ¿Tú, su marido?

CLAUDIO no responde, visiblemente molesto.

MARGARITA. Hasta que no encuentre a mi hija no voy a descansar. Y, por supuesto, no la van a declarar fallecida.

CLAUDIO. El abogado dice que si un juez la declara fallecida se podría cobrar el seguro de vida.

MARGARITA. Y dejarían de buscarla.

CLAUDIO. Sí, pero después de dos años, la búsqueda se reduce a una alerta en las comisarías del país y poco más.

MARGARITA. ¿Y qué quieres hacer con el dinero?, ¿contratar a un detective privado?, ¿eso va a ser más efectivo? Al menos ahora la policía de aquí está en contacto con la policía de allí. Hay un seguimiento. Se coordinan. Hicieron búsquedas conjuntas. Cuando rastrear el río, enviaron a buzos especializados desde aquí y estuvieron semanas buscándola. Podemos pedirles que vuelvan a hacerlo. Que intensifiquen la búsqueda de alguna forma. Un detective privado no va a ser lo mismo. No es una buena idea.

CLAUDIO. Margarita, sabes que desde que Sara se fue, las niñas y yo lo estamos pasando muy mal.

MARGARITA. Todos lo estamos pasando muy mal.

CLAUDIO. Ya, pero yo lo estoy pasando muy mal económicamente. No puedo afrontar solo el pago de todos los gastos y la hipoteca. Ya no sé qué hacer. Como sigamos así, en un par de meses vamos a acabar en la calle.

MARGARITA. (*Enfadada*). Pero piensa en ella, aunque sea solo un momento, e invéntate algo... Haz lo que haga falta por salvar la situación hasta que encuentren a Sara.

CLAUDIO. Sabes que hago todo lo que está en mi mano. Pero también tengo que mirar por las niñas y no puedo más. No es justo que digas que nunca he pensado en ella.

MARGARITA. Entonces, ¿por qué se fue sola de viaje?, ¿por qué decidió que necesitaba un tiempo, tomar distancia y pensar qué hacer con su vida?

CLAUDIO. (*Nervioso*). No estábamos pasando por nuestro mejor momento, pero eso no quiere decir que no nos quisiéramos.

MARGARITA. Querer a alguien es hacer todo lo posible porque esa persona quiera estar a tu lado.

CLAUDIO. (*Enfadado*). Fue ella la que decidió marcharse.

MARGARITA. Porque no podía más. Estaba aburrida de esperar más de ti. De que fueras mucho más atento con otras cosas que con ella. De que tus hijas pasaran días sin apenas verte. De tus enfados sin motivo y de (*MARGARITA se calla mirando a CLAUDIO. Respira hondo antes de continuar*). De que no las cuidaras y no apostararas por ellas. Y, sin embargo, seguía pensando en cómo arreglarlo todo. En cómo hacer que tú fueras más feliz junto a ellas.

CLAUDIO. Yo también quería que las cosas en casa fueran de otra manera.

MARGARITA. ¿Y qué hiciste?

CLAUDIO. (*Nervioso*). Intentaba cambiar pero... Por mucho que hiciera ella siempre... todo estaba mal.

MARGARITA. ¿Y ahora qué?

CLAUDIO no responde.

MARGARITA. Cuando Sara era una niña, me llamaron del hospital

diciendo que había tenido un accidente en el colegio y que necesitaban que un familiar fuera lo antes posible. Pregunté qué había pasado y cómo estaba mi hija, pero me dijeron que era información que me tenían que dar personalmente, que quien me llamaba era un administrativo y que lo mejor era que fuera lo antes posible. Yo estaba en el trabajo y solo pensaba en ella y en llegar al hospital. Salí corriendo, era hora punta y no conseguí encontrar un maldito taxi. Así que fui a una parada de autobús, pero cuando llegué había mucha gente ya esperando. Llegó un autobús repleto, paró y como no bajó nadie, ni tan siquiera abrió las puertas de entrada porque no cabía un alfiler. Yo tenía claro que me subiría al primero que abriera las puertas. Había mucha gente que, seguro, tenía otras necesidades, quizá también urgentes, y habían llegado a la parada antes que yo. Pero yo no sabía nada de mi hija, de cómo estaba, ni de qué iba a pasar con ella. Todo lo demás me daba igual. Me iba a subir al primer autobús e iba a llegar al hospital lo antes posible. No me importaba nada, ni nadie que no fuera mi hija. ¿Has sentido esto alguna vez por alguien, Claudio?, ¿Lo has sentido por Sara? Porque yo llevo sintiéndolo desde hace dos años. Desde que no sé nada de ella.

CLAUDIO. Pues tienes dos nietas que quizá sí deberían importarte también, aunque sea solo un poco.

MARGARITA. Precisamente, mis nietas necesitan más que nadie que su madre vuelva. ¿Es que no lo entiendes?

CLAUDIO. La que parece no querer entender que no se merecen verse en la calle después de perder a su madre, eres tú.

MARGARITA. ¡Pues busca una solución! ¡Haz algo! (*Se dirige a un rincón y vuelve con un bolso*). Mira, ya está, ¿cuánto necesitas? Yo os ayudaré.

CLAUDIO. No Margarita. Te lo agradezco, pero otra vez, no.

MARGARITA. No seas orgulloso, dime qué necesitas. (*Mientras saca y busca en un monedero*). Ya me apañaré para conseguir el dinero.

CLAUDIO. Sabes que esto no soluciona el problema. Tenemos que cobrar el seguro.

MARGARITA. (*Ofreciéndole varios billetes*). Cógelo, Claudio, y ya veremos cómo lo solucionamos.

CLAUDIO. No lo voy a coger. No insistas. La decisión está tomada. Solo quería que lo supieras.

MARGARITA. (*Con rabia contenida*). Vas a matar a mi hija.

CLAUDIO. Tengo que pensar en mis hijas.

MARGARITA. No se te ocurra matar a mi hija.

CLAUDIO. Sara murió hace dos años.

MARGARITA. ¡Eso es mentira! El cuerpo de mi hija no ha aparecido y tú quieres que dejen de buscarla.

CLAUDIO. Si estuviera viva ya habría aparecido.

CLAUDIO se dirige hacia la puerta para marcharse. MARGARITA intenta retenerlo cogiéndole del brazo.

MARGARITA. (*Llorando*). Te lo suplico. Por favor, no pueden dejar de buscarla.

CLAUDIO consigue que le suelte el brazo y sale por la puerta.

MARGARITA. (*Gritando mientras llora*). ¡Por favor, no lo hagas!, ¡mi hija va a volver!, ¡mi hija va a volver!, por favor, ¡mi hija!

LA VUELTA

Roberto Álvarez (Ávila, 1957)

DRAMATIS PERSONAE

ROCÍO. Mujer de unos cuarenta años.

MATEO. Hombre de unos treinta años.

Interior de una cocina de piso actual, en el centro una pequeña mesa con dos sillas. ROCIO, en torno a los 40 años, está terminando de preparar el desayuno.

ROCIO. *(Dirigiéndose al interior. En voz alta)*. El desayuno ya está listo.

MATEO. *(Desde dentro)*. ¡Voy! *(ROCÍO Sirve el café en dos tazas. Entra MATEO, joven latino de unos 30 años, poniéndose un jersey, se sienta a la mesa. Jovial)*. Ya estoy. ¿Tú no comes nada?

ROCIO. Ya sabes que a primera hora no me entra nada sólido. Más tarde tomaré algo. *(Pausa)*. ¿Cuándo te vas?

MATEO. Tengo el vuelo en diez días. En la facultad ya he terminado y quiero llegar antes de que operen a mi madre *(Pausa, desayunan)*.

ROCIO. *(Como para sí misma)*.. ¡Qué pronto!

MATEO. Yo quería quedarme hasta el final de la beca, pero con la operación he preferido adelantarlo.

ROCIO. Claro.

MATEO. Pero voy a volver. Cuando mi madre se recupere te prometo que volveré.

ROCIO. Quizá no puedas cumplir una promesa así.

MATEO. Me voy por mi madre, pero volveré por ti. Me ha costado tomar la decisión. No me gusta dejarte así.

ROCIO. *(Levantándose y dándole la espalda)*. Voy a hacerme una tostada, me ha entrado hambre.

MATEO. Rocío, escúchame. No sé lo que será de mí cuando regrese a mi país y a mi casa. Lo primero es atender a mi mamá hasta que se recupere. Pero después, a mí me gustaría volver contigo.

ROCIO. *(Vuelve a la mesa sin haberse hecho la tostada)*. ¿No hay nadie más que se pueda ocupar de tu madre? ¿Tus hermanos o tus tíos?

MATEO. Podrían hacerlo, aunque no de seguido. Todos tienen sus cosas, no viven cerca de ella... Además, yo soy su niño, nunca estuvimos tanto tiempo separados. Y en esa situación, llevaría mal mi ausencia.

ROCIO. Por supuesto, tienes que ayudarla.

Silencio, ambos atienden a su desayuno. ROCÍO la mirada fija en su vaso. MATEO alterna la mirada entre ella y su plato.

MATEO. Estás muy callada

ROCIO. *(Haciendo un gesto con los hombros)*. Hum.

MATEO. ¿Te ha molestado que adelante mi vuelta? ¿o que no te lo haya consultado?

ROCIO. No, lo entiendo. *(Se levanta y lleva algunos cacharros al fregadero)*. Bueno, fue bonito mientras duró. La historia se acerca a su fin...

MATEO. *(Levantándose tras ella)*. No quiero que nuestra relación acabe aquí. Contigo he aprendido más que en todos mis estudios y en mi beca de investigación.

ROCIO. *(Irónica, girándose)*. Vaya. Así que para ti solo he sido un curso avanzado de la vida.

MATEO. No, ni mucho menos. No me entiendas mal. Es que... este tiempo a tu lado ha sido increíble.... No sé cómo decirte. Creo que me sentiría muy mal si no te volviera a ver, te recordaría toda la vida. Creo que... que quiero vivir contigo.

ROCIO. *(Con intención)*. ¿Desde la distancia u online?

MATEO. Jo, no seas tan dura. Lo que te digo es que nuestra relación no acabe con mi vuelta a mi país.

ROCIO. Los dos sabíamos que esto duraría lo que duraba tu beca en España, por eso nunca hemos hablado de ello.

MATEO. Sí, al principio, era así. Pero este tiempo a tu lado me ha hecho madurar. No soy el mismo "cholino" inmaduro que llegó aquí. A tu lado sale lo mejor de mí, a eso me refiero. Me parece que esta relación nos ha tocado fuerte a los dos, ¿verdad?

Él espera una respuesta que no llega.

MATEO. Al menos, para mí ha sido muy importante, aunque no sé qué supone para ti. ¿Por qué no dices nada?

ROCIO. No quiero sufrir más ¿sabes?.... ¿Crees que para mí este tiempo no ha supuesto nada?... ¿Que solo ha sido una aventura de cuarentona con un jovencito?.... Me he sentido querida a tu lado. Muy a gusto... Tienes detalles y has sido dulce y cariñoso. Algo a lo que no estaba acostumbrada.... Y me duele tu marcha, claro que sí. En el fondo, no quiero que te vayas.... Porque será volver a algo ya conocido y que no me gusta. Este tiempo ha sido hermoso... sin compromisos ni ataduras, pero estando cerca uno del otro libremente. Sé que no puedo pedirte que te quedes.... Desde el primer día sabía que estabas aquí por un tiempo concreto, aunque, es verdad, que a veces, imaginaba cómo sería si no tuvieras que irte. Pero, Mateo, tenemos que hacernos a la idea de que nuestra romántica historia de amor llega al final. Cada uno seguiremos con nuestra vida como antes de conocernos.

MATEO. (*Decidido*). No, eso no tiene por qué ser así, Rocío. Yo no voy a olvidarte. Te voy a llamar todos los días que esté en mi casa. Y voy a volver para estar contigo... Si tú quieres.

ROCIO. Sería bonito, sí... Pero seamos realistas. Cuando tú vuelvas a tu país, a tu ciudad, a tu facultad con tu flamante proyecto de investigación realizado en España, en Europa, te van a llover las ofertas de trabajo. Eres bueno en lo tuyo. Cada vez estarás más ocupado y tendrás menos tiempo para acordarte de mí. (*A punto de llorar*). Disculpa tengo que ir al baño (*Sale apresuradamente*).

MATEO está visiblemente nervioso paseando de un lado a otro. ROCÍO sale secándose los ojos.

MATEO. He pensado eso que has dicho y puede que tengas razón, por eso te propongo que... Te propongo que nos casemos antes de irme. Aún tenemos tiempo y así no podré olvidarme de mi esposa.

ROCIO. ¿Qué dices? Te has vuelto loco. ¿Cómo se te ocurre? No te das cuenta de lo que supone.

MATEO. Claro que me doy cuenta. Soy joven, pero no estúpido. Esa será la mejor prueba de que quiero seguir contigo. De que volveré.

ROCIO. ¿Pero tú oyes lo qué estás diciendo? Empezamos sabiendo que llegaría el día de separarnos y los dos estábamos de acuerdo... No sé porque ahora tendría que ser de otra forma... A no ser que tengas otras motivaciones.

MATEO. (*Extrañado*). ¿A qué te refieres?

ROCIO. (*Esquiva*). No sé. Dímelo tú.

MATEO. Oh, no. No puedes estar pensando... No... ¿Estás insinuando que quiero casarme para conseguir la nacionalidad o algo así?

ROCIO. Has sido tú el que lo ha dicho.

MATEO. (*Ofendido*). ¡Dios mío! Rocio. ¿Cómo puedes siquiera pensar una cosa así? Esa idea sería propia de tu hijo, pero tú... ¿Cómo puedes...? Eso no tiene nada que ver, yo estoy hablando de nosotros, de nuestros sentimientos. Pero claro, tú apenas hablas de tus sentimientos. Dices que no quieres que me vaya, que te has sentido querida, pero ¿qué sientes tú por mí?... Porque aún no me lo has dicho.... Como un estúpido he querido entender que sentíamos lo mismo... Que te importo... que quizá querías que viviéramos juntos no solo una temporada, sino para siempre... o al menos hasta que nos cansemos el uno del otro.... Cuando a lo mejor, lo único que quieres es que nos acostemos algunas noches más.

ROCIO. Por favor, Mateo. ¡No te pongas borde! Que no es tu estilo.

MATEO. Ya, pero es que te has pasado un poco. Yo no quiero ser español, yo quiero estar contigo aquí o en el fin del mundo.

ROCIO. Me ha sorprendido tanto lo del matrimonio y estoy tan escamada que me he puesto en lo peor.

MATEO. Que después de lo vivido me salgas con esas, la verdad es que me duele.

ROCIO. Ya... Bueno.... Discúlpame si te he ofendido

MATEO. Te he propuesto que nos casemos porque me ha parecido lo mejor para continuar juntos. Porque, en el fondo, es lo que quiero y creí que tú también lo querías. Pero si no quieres... Ya está, lo dejamos aquí y se acabó... Aunque me gustaría que tú lo dijeras. Que no son imagina-

ciones más y que realmente quieres que no nos volvamos a ver nunca más... (*Silencio*). Da igual lo que pensáramos antes. Rocío, dime algo. Hoy, ahora. ¿Quieres que sigamos juntos o quieres que nos separemos?

Pequeña pausa, cada uno a un lado del escenario. ROCIO acercándose.

ROCIO. ¡Ay! Mateo, Mateo. Yo te quiero mucho. Lo sabes de sobra. Pero tengo miedo de crearme falsas esperanzas que me hagan sufrir.

MATEO. (*Cogiéndole las manos*). Entonces, casémonos. (*Pausa*). Sé que solo es un papel, pero no se me ocurre mejor manera para continuar esta relación. Ya encontraremos cómo arreglar los detalles.

ROCIO. Te veo tan convencido. Me gustaría estar así de segura. Pero solo de pensarlo se me viene encima un mundo de dudas.

MATEO. Olvídate del pasado, nada es igual (*Abrazándola*).

ROCIO. Ya, (*Separándose*). pero te saco diez años y solo nos conocemos desde hace unos meses

MATEO. La diferencia de edad no ha sido ningún problema hasta ahora, ni tiene por qué serlo, sabes todo de mí. Y creo, que también te entiendo a ti (*pausa*). ¿Acaso, cuando te casaste conocías a tu marido cómo me conoces a mí ahora?

ROCIO. Por favor, no saques ese tema que lo estropees.

MATEO. Está bien, solo quiero que te des cuenta que estoy siendo sincero. No sé qué pasará mañana, pero hoy me comprometo a compartir mi vida contigo. Lo más difícil es encontrar el amor y hemos tenido la gran suerte de encontrarlo sin haberlo buscado.

ROCIO. ¡Ay Mateo! Ya que me había hecho el cuerpo a perderte, ahora me vienes con estas. Tengo que replantearme la vida entera. ¿Qué dirán mis hijos? ¿Y él?... ¿Cómo vamos a vivir tú allí y yo aquí? ¿Cuándo vas a volver? ¡Ay! Son tantas dudas, tantos interrogantes que no sé, no sé.

MATEO. (*Arrodillándose frente a ella*). Rocío, amor mío. ¿Te quieres casar conmigo?

Oscuro.

JAZMINES BLANCOS PARA MAMÁ

Raquel Holgado Macías (Genalguacil, 2000)

A Luque, por acompañarme en cada proceso y confiar más en mí de lo
que yo misma hago.

DRAMATIS PERSONAE

INÉS. Chica joven de dieciocho años.

LUIS. Hombre de unos cincuenta años. Está envejecido y tiene aspecto cansado.

Salón de una casa. La estancia se encuentra impecable y, aunque hay pocos muebles, todo lo que hay en ella es nuevo. Entra LUIS, un hombre de unos cincuenta años. Viene de las habitaciones y parece molesto. Se dispone a salir por la puerta de la calle. INÉS, una joven de unos dieciocho años, lo sigue con la misma actitud e intenta detenerlo.

INÉS. (*Reprochando*). Han pasado cinco años. Ya no soy una niña.

LUIS. Te espero en el coche. No voy a seguir con esto.

INÉS. Claro... huye como haces siempre.

LUIS. (*Se gira*). No huyo. Pero necesito no seguir con esto.

INÉS. ¿Has pensado por un solo momento en lo que necesito yo? Estoy cansada de respetar tus tiempos.

LUIS. Hablar sobre ello no va a traernos de vuelta a mamá.

INÉS. Es que no se trata de eso...

LUIS. Por favor. La abuela nos está esperando para comer.

INÉS. (*Ignorando la petición de LUIS*) Papá... Yo era muy pequeña. No recuerdo nada de lo que pasó. Tú solo me has contado que hubo un incendio, pero nada más... Y yo necesito...

LUIS. Lo que no entiendo es el por qué tiene que ser en este momento. (*Pausa*). Te traigo con toda mi ilusión a que veas la casa. Te digo que, si todo va bien, la semana que viene volvemos a ella. Y en lugar de verte feliz y alegre porque por fin llega ese día, solo siento que no paras de echarme cosas en cara, a pesar de haber dedicado todo mi tiempo y esfuerzo para que vuelva a parecerse al hogar que era.

INÉS. (*Con tristeza*). Justo por eso... (*Pausa*). Porque al entrar aquí por primera vez después de tanto tiempo me han venido muchos recuerdos a la cabeza... como la mecedora que había aquí donde ella se pasaba las horas en silencio... o la alfombra que ponía yo ahí los sábados

para jugar con mis muñecas..., el olor a vainilla de las velas de mamá..., el color de las paredes..., los jazmines blancos que ella solía poner en un mueble que había ahí..., las fotos..., los cuadros... (*Mira con tristeza el salón y los nuevos muebles que hay en él. Mira a LUIS*). Creo que no estoy preparada para volver a esta casa.

LUIS. (*Cansado*). Haz lo que tú veas... Volveré yo solo, quédate con la abuela si es lo que quieres.

INÉS. (*Decepcionada*). No, no te equivoques. No quiero eso.

INÉS cruza a su padre para salir, pero LUIS la retiene cogiéndola por el brazo.

LUIS. (*Con voz baja y en súplica*). Por favor... he trabajado muy duro para que pudiéramos volver a ella.

INÉS. (*Sin girarse para mirar a su padre*). Y mientras tanto no prestabas atención a cómo se sentía tu hija... (*Se zafa del brazo de su padre*).

LUIS. He intentado que no te faltase de nada...

INÉS. (*Indolente*). Me ha faltado mi madre y un padre con el que poder hablar de ella.

Silencio. LUIS suspira agobiado. Reflexiona un tiempo. Se sienta en un sillón de la sala y se toca, contrariado, la cabeza con las manos. INÉS mientras tanto, indolente, lo observa, en espera.

LUIS. (*Resignado*). De acuerdo. ¿Qué quieres saber?

INÉS. (*Se sienta cerca de LUIS*). Todo.

LUIS. (*Disperso y titubeante*). Pues tú estabas en el colegio y yo trabajando. Ella se había quedado aquí, como siempre. Aquel día yo volví a casa por unas cosas que me había dejado y que me hacían falta y cuando llegué vi la casa ardiendo... (*Le cuesta continuar el relato*). Y...

INÉS. ¿Fuiste tú quien llamó a los bomberos?

LUIS. (*Duda*). No... ya estaban.

INÉS. (*Piensa*). No entiendo... ¿tú no entraste en la casa?

LUIS. Lo intenté, pero no me dejaron.

INÉS. Es que no tiene sentido...

LUIS. ¿El qué?

INÉS. Tus quemaduras... Si no entraste en la casa ¿cómo te quemaste?

LUIS. No sé, Inés... fue todo muy rápido... hay cosas que yo tampoco recuerdo bien.

INÉS. ¿Mamá estaba ya muerta cuando llegaste?

LUIS se levanta nervioso.

LUIS. ¿Qué pregunta es esta?

INÉS. No sé... es que al entrar aquí... he visto las ventanas... las puertas... ¿Cómo es posible que no pudiera salir cuando vio el fuego? ¿Por qué no intentó saltar por alguna ventana? No son tan altas...

LUIS. (*Agobiado*). No lo sé...

INÉS. Quizás podría haberse salvado... ¿dónde estaba ella cuando empezó el fuego? Y... ¿dónde empezó?

LUIS. ¿Podemos seguir otro día con esto? Le dijimos a la abuela que no íbamos a tardar.

INÉS. (*Haciendo caso omiso a lo que ha dicho LUIS*). A lo mejor... si los bomberos... o tú... hubierais llegado antes, se podría haber salvado...

LUIS. Quizás... No lo sé...

INÉS. ¿Qué te dijeron los bomberos?

LUIS. La abuela tiene que estar muy preocupada. Vámonos.

INÉS. Llámala si quieres y dile que no vamos al final.

LUIS. No. Así no se hacen las cosas. Vamos.

INÉS. (*Molesta*). Claro... Las cosas solo se pueden hacer como tú digas. Si dices vamos, hay que seguirte. Si dices que no se habla de un tema, hay que callarse. Si dices que algo es así, no admites variante... Solo tú, el padre perfecto, sabe cómo hacer las cosas. (*Pausa. Se acerca a LUIS, desafiante*). ¿Sabes que no supiste hacer? (*Pausa*). Llegar a tiempo para salvar a mamá.

LUIS levanta la mano para darle una bofetada a INÉS, pero se contiene y no se la da. Cierra el puño

de la mano levantada y baja el brazo con enfado. Se aparta de ella y se aleja dándole la espalda. INÉS se queda quieta en el sitio sorprendida por lo que su padre casi llega a hacer y no se atreve a moverse ni a hablar. LUIS no para de resoplar y pasarse las manos por la cabeza intentando calmarse. Cuando LUIS se tranquiliza, se gira hacia INÉS y la mira un momento antes de hablar.

LUIS. Inés, mamá se suicidó.

INÉS. *(Desconcertada, no entiende lo que LUIS acaba de decir)*
¿Qué?

LUIS. Querías que te contase toda la verdad... y... esta es... *(Pausa. Suspira)*. Su estado de ánimo variaba constantemente... pasaba de la euforia a la tristeza más absoluta... Quizás tú no lo recuerdes bien porque eras pequeña, y porque, pese a todo... ella se esforzaba por ser una buena madre aunque se encontrase mal. *(Pausa)*. Y lo era... era una buena madre, aunque nunca terminó de creérselo... *(Pausa)*. Sufrió un trastorno de bipolaridad. *(Silencio)*. Los últimos años antes de que ella... ya sabes... fueron bien... Estaba estable, medicada, pero estable. Por primera vez, creyó que ya no volvería a sufrir otra depresión... *(Pausa)*. Pero... no fue así... *(Pausa)*. Primero fue el cansancio, después el aburrimiento y, por último, la tristeza... y después de tanto tiempo bien... no quería volver a pasar por ahí... *(Pausa)*. Lo sé porque me lo dijo cuando empezó a notarse los síntomas de nuevo... *(Pausa. INÉS se apoya con su mano en uno de los muebles que tiene cerca. Tiene la vista perdida. Está asimilando lo que LUIS le está contando)*. La mañana antes de que ocurriera todo... me dijo que se odiaba a sí misma porque no sabía cómo luchar contra sus monstruos. Nunca supe a qué se refería cuando hablaba de ellos, pero los mencionaba a menudo cuando se encontraba mal... *(INÉS hace un gesto con su mano a LUIS para pedirle que pare de hablar. Está confundida y necesita sentarse. Va hacia el sillón y se sienta. LUIS espera un poco antes de continuar hablando)*. Ese día... Cuando entré en casa no había ruido y... al entrar en la habitación... la vi... *(pau-)* estaba muerta... se había ahorcado en el cabecero de la cama...

INÉS. (*Balbuzeante*). Pero... ¿Y... y el fuego?

LUIS. Eso fue culpa mía... (*Pausa*). Yo... me enfadé... no pensaba... empecé a destrozar cosas... y... sin querer tiré las velas... (*Pausa*). No me dio tiempo a reaccionar... fue todo muy rápido... (*Silencio*). Lo siento... lo siento de verdad... quise contarte la verdad muchas veces... pero no fui capaz... ¿Cómo iba a contarle a mi hija que su madre se había suicidado? ¿Cómo le decía que su padre había quemado su casa... todo...?

Silencio. INÉS intenta entender lo que su padre le acaba de contar, pero no puede ocultar su enfado.

INÉS. Me mentiste.

LUIS. Te oculté la verdad para que no sufrieras...

INÉS. Eso también es mentir.

LUIS. ¿Y qué querías que hiciera? Tenías trece años... eras una niña...

INÉS. ¡Pero una niña que merecía saber cómo murió su madre!

LUIS. Intenté contártelo tiempo después, pero no fui capaz...

INÉS. ¿Y los demás? ¿El resto de la familia lo sabía?

LUIS. Sí.

INÉS se levanta del sillón y se acerca a LUIS.

INÉS. ¿Fuiste tú?

LUIS. ¿El qué?

INÉS. Quien convenció a los demás para que nunca me contaran la verdad de la muerte de mamá.

LUIS. Sí... (*INÉS niega con la cabeza mientras mira a LUIS con resentimiento. Le da la espalda y se aleja llevándose una mano a la frente, pensando en todo lo que LUIS acaba de contar. Silencio*). Ojalá algún día puedas perdonarme... yo... me siento tan culpable por todo... que... no soy capaz... (*Pausa*). Asumo el daño que te he hecho... pero quiero que sepas que solo quería protegerte...

Silencio.

INÉS. ¿La semana que viene es cuando tenías pensado que volviéramos?

LUIS. (*Desconcertado*). Si todo va bien, sí.

INÉS. (*Mira a LUIS desde la distancia*). Ha quedado bonita... pero aún no la siento mi hogar...

LUIS. (*Decepcionado*). Ya...

INÉS. Me gustaría comprar una mecedora como la de mamá. (*Pausa*). Y jazmines blancos.

Oscuro.

DETRÁS DE LA PUERTA

Sergio Pastor Polaino (Málaga, 1975)

DRAMATIS PERSONAE

ANTONIO. Un abogado de cuarenta años. De complexión fuerte. Viste con ropa elegante.

BEATRIZ. Una mujer de negocios de cuarenta y cinco años. Muy delgada. Viste oscuro.

ANTONIO y BEATRIZ están en una habitación antigua, de un piso antiguo, de una ciudad antigua. En el centro, un sofá de color burdeos, el resto de los muebles están cubiertos por sábanas blancas. Solo puede verse una ventana al fondo a la izquierda sin cortinas desde donde entra mucha luz. En el extremo izquierdo, una puerta gris con un pomo muy grande en relación con el tamaño de la puerta. Él, sentado en un sofá, dobla ropa con sumo cuidado y la mete en una bolsa. Ella, con mayor brío, está recogiendo cosas que introduce en una gran maleta de color marrón.

ANTONIO. *(Se ríe con nostalgia, dobla lentamente una rebeca).* ¿Te acuerdas?, esta es la rebeca que siempre estaba en la mesa de la cocina. Se la quitaba, se la ponía... así todo el día. *(Imita su voz con cariño).* “Tengo frío, uff qué calor...”, nunca estaba conforme con nada *(sonríe)*, nunca te aburrías con ella... *(Piensa)*. Las cosas que nos molestan de los demás, al final son las que luego más echamos de menos. ¿Qué haremos ahora sin ella?

BEATRIZ se para en seco mirando a un punto fijo al otro lado de la estancia.

ANTONIO. ¿Qué te pasa? ¿No te gusta que hable de mamá?

BEATRIZ. Me hace daño.

ANTONIO. Y a mí. Y me gustaría transformar el dolor en ternura. La única manera que tengo de hacerlo es recordarla y quererla desde su ausencia. El duelo de una madre no se parece a ningún otro. Siento un dolor tan profundo que no sé cómo voy a vivir ahora. Es como si un soporte, un arraigo a la tierra, se hubiera roto. ¿No te pasa lo mismo?

BEATRIZ. Yo soy diferente.

ANTONIO. ¿Diferente?, también eres su hija.

BEATRIZ. (*Con brusquedad*). Sí, lo sé.

ANTONIO. Aunque, en estos últimos años casi no te he visto. Siempre estabas ocupada. (*Con cautela*). O al menos es lo que siempre decías.

BEATRIZ. No vayas por ahí. Por favor. Hoy no.

ANTONIO. Perdona. Últimamente he sentido que no puedo hablar contigo. Me siento un extraño cuando estoy a tu lado, en estos momentos tenemos que ayudarnos. (*Pausa*). No sé si he hecho algo que te ha molestado; si es así, lo siento... Me gustaría saberlo. Recuerdo cuando éramos pequeños. Yo era un trasto, tú silenciosa, tímida, yo te veía mayor, responsable e inteligente. Siempre envidié tus buenas notas. Eras la hermana perfecta.

Silencio

BEATRIZ. No quiero hablar de eso ahora, y no puedo hablar de ella. Ahora siento culpa, y la culpa me destruye. Cuando estaba muriendo yo estaba aquí, aunque no estuviera, en mi mente estaba aquí. Y pensaba mucho en ti, de verdad. Pero había algo que no...

ANTONIO. No, no estuviste. (*Silencio*). Los pensamientos no son nada sin hechos, tuve que lidiar con todo... (*Enfadado y dolido*), no lo entiendo...

BEATRIZ. ¿Y nunca te has preguntado el porqué de mi ausencia? ¡Nunca me has dicho nada en todos estos años!

ANTONIO. Respeté tu silencio.

BEATRIZ. ¿Mi silencio? ¿No sentiste en ningún momento curiosidad por saber cómo estaba yo? ¡No!, no se resuelven las dudas a través del silencio.

ANTONIO. Intentaba respetar tu decisión. (*Con curiosidad y temor*). Pero ¿dime? ¿dime? ¿Por qué no estuviste?

BEATRIZ. (*Lo corta bruscamente*). No estuve aquí por él.

ANTONIO. ¿Por quién? ¿Por papá?

BEATRIZ. Sí.

ANTONIO. No lo entiendo, papá ya había muerto ¿Y no pudiste pensar que era mamá la que te necesitaba? ¿O yo?

BEATRIZ. ¡Cállate!

ANTONIO. ¡No pudiste pensar que tu hermano te necesitaba también...!

BEATRIZ. ¡No sigas!

ANTONIO. (*Gritando*). ¿Por qué?

BEATRIZ. (*Silencio grave, BEATRIZ habla con la mirada fija en un punto, hacia una habitación concreta de la casa*). Papá me violó desde los seis años hasta que me fui de casa.

ANTONIO. (*Enmudece*). ¿Cómo...?

BEATRIZ. Por eso, Antonio...

ANTONIO. Yo no...

BEATRIZ. Por eso no tuve fuerzas.

ANTONIO. (*Se acerca e intenta tocarla, BEATRIZ se retira*). Yo no lo sabía, no lo sabía... ¡Beatriz!, mi hermana, mi hermanita mayor.

BEATRIZ. Por eso no tuve fuerzas de volver... ¿No lo sabías? ¿Nunca pensaste que algo extraño pasaba? ¿Nunca te preguntaste el porqué de esas tardes cuando desaparecía con papá detrás de esa puerta?

No puedo creerlo.

ANTONIO. (*Silencio*). Hay cosas de las que un niño no sabe hablar. No sabe cómo interpretar. (*Silencio*). ¿Y mamá?

BEATRIZ. Mamá lo sabía.

ANTONIO. (*Fija su mirada en ella, queda mudo, se levanta, y la toquilla que estaba sobre sus rodillas se cae al suelo, deambula muy despacio por la habitación*). ¡Mamá!, ¡mamá!, (*repite, casi sin poder hablar...*

sin creer lo que está escuchando)

BEATRIZ. Mi psicóloga lo llama conflicto de lealtad..., yo no sé lo que es... para mí simplemente es suciedad y dolor. Papá y mamá para mí son eso. Sentirme sucia cuando papá abusaba de mí y dolor cuando sabía que mamá aguardaba al otro lado de la puerta. Y mi única esperanza, tú, se desvaneció con los años, y ahora no sé cómo mirarte ni cómo quererte.

ANTONIO. ¿Por qué no me dijiste nada? ¿Cómo fue? ¿Estás segura de que mamá lo sabía? ¿Cuándo sucedía? ¿A los seis años? ¿Hasta los 20? ¿Por qué no me dijiste nada? ¡Podrías haberme llamado! ¿Podrías...? ¿Por qué? ¿Por qué? ¡Yo no lo sabía, no lo sabía, no sabía...!

(Llora desconsolado).

BEATRIZ. *(Se acerca y le acaricia la cara).* Ya no se puede hacer nada. Hoy venía con la intención de decirte que renuncio, renuncio a las pertenencias de papá y mamá, y que quiero contar lo que ocurrió al resto de la familia. Es lo único que puedo hacer para poder seguir hacia adelante, lo único que está ya en mi mano. No puedo estar más tiempo en esta casa donde pasó todo. Tengo que irme.

Beatriz le da un beso a su hermano, como si fuera un niño pequeño, busca su abrigo, se lo coloca elegantemente y coge su bolso.

ANTONIO. Espera... ¿Qué vas a ganar contándolo ahora?

BEATRIZ. A mí misma, me voy a ganar a mí misma.

ANTONIO. ¡Y yo!, y mi memoria, ¡qué pasa con mis recuerdos!

BEATRIZ. No lo sé, no me importa.

ANTONIO. *(Que observa que Beatriz se va, entra en cólera y fuera de si se abalanza contra ella y la coge de los hombros).* ¿Qué pasa con mis recuerdos?, ¿con mi vida?, ¿no tienes derecho a enturbiar mi memoria porque tú lo pasaste mal!, ¿cómo voy a mirar ahora a mis hijos que adoraban a papá?, ¿no podría! No puedes culparme a mí también sobre lo que te pasó.

BEATRIZ empuja a ANTONIO que se lleva la mano al pecho, casi no puede respirar y se dirige a la puerta gris de la habitación. Le da la espalda a BEATRIZ.

BEATRIZ. *(Muy tranquila, llorando en silencio)*. Querido hermano. No se puede renunciar a la memoria. No se pueden cambiar los hechos. No puedo dejar de ser yo misma sin mi propia historia. Pero lo que sí podemos hacer es vivir desde la verdad. Desde el propio conocimiento. Es lo único que determina una mejor vida.

ANTONIO. ¿Qué todos sepan lo que te hizo papá nos va a hacer tener una mejor vida?

BEATRIZ. ¿Puedes renunciar a la verdad si tu integridad está en peligro? Yo no, yo no quiero hacer eso. Cuando la verdad se descubre, cada uno tiene que saber qué hacer con ella. Puedes hablar con la verdad, rechazarla, quererla, odiarla, acompañarla, pero no darle la espalda sabiendo que existe.

ANTONIO. Pero, ya no están, ya no van a hacerte daño.

BEATRIZ. Lo que más puede causarnos dolor es nuestra propia memoria. Para volver a entrar a los espacios que habitamos, hay que descubrir la historia que vivimos en ellos. Esta casa, esa habitación, *(la señala)* ha condicionado mi historia. Prefiero vivir dignamente, a arrastrar el silencio, no puedo aceptar lo que pasó. Nos vemos pronto hermano, *(con tristeza, recordando algo bueno del pasado)* mi hermano pequeño... Nos vemos pronto.

Beatriz sale de la habitación. Antonio se queda sentado. Solo.

CAMBIO DE CUADRO

Eva Victoria Rubio (Avellanada, 1975)

A mi familia que sabe del amor y sus heridas, de la memoria y sus raíces.

DRAMATIS PERSONAE

ESTEBAN. Hombre de 45 años. De profesión Psicólogo. Ambicioso, egoísta y ególatra. Ama a su madre y siente celos enfermizos de su hermano mayor.

BETY. Mujer de 64 años. Viuda. De origen humilde y con unos valores inquebrantables. Correcta y tajante a la hora de tomar decisiones.

La acción transcurre el 10 de diciembre de 1983 en Buenos Aires, Argentina, en el comedor de una casa de clase media alta. En el centro del escenario hay una mesa rectangular grande con seis sillas y, en el fondo, una pared gris. En ella hay un cuadro con una foto donde aparece ESTEBAN junto a su madre y su padre. El cuadro es un poco más pequeño del que estaba anteriormente, pues puede observarse la huella que ha dejado en la pared. Sobre la mesa hay una bandeja de plata con una pava, un mate, una azucarera, una servilleta de tela y una radio portátil de la década de los 80. ESTEBAN se encuentra de pie, a la derecha de la mesa, con los antebrazos apoyados en el respaldo de la silla. Su cuerpo está rígido, tiene el ceño fruncido y una mueca que le dobla los labios mientras oye por el transistor el juramento de asunción a la Presidencia de la Nación del Dr. Raúl Alfonsín. Al terminar el juramento le da una patada a la silla.

RADIO. *(En off)*. ... Yo, Raúl Ricardo Alfonsín, juro por Dios nuestro Señor, y estos Santos Evangelios, desempeñar con lealtad y patriotismo el cargo de Presidente de la Nación, y observar y hacer observar fielmente la Constitución de la Nación Argentina. Si así no lo hiciere Dios y la Nación me lo demanden... *(Se oyen aplausos en la radio)*.

ESTEBAN. *(Grita enfadado al tiempo que apaga la radio)*. ¡Qué hijos de puta! ¡La puta madre que los re mil parió! Me aseguraron que no había posibilidades de que asumiera. ¿Qué mierda voy hacer ahora? *(Mira ansioso el reloj de su muñeca, camina nervioso de un lado al otro del escenario, se detiene y mira el cuadro)* ¡El héroe!

Se escucha el timbre. ESTEBAN mira hacia la izquierda del escenario, lugar donde está la puerta. Entra BETY, su madre, cargando un cuadro grande envuelto en papel de seda.

BETY. ¡Por fin se acabó el calvario! *(Deja el cuadro sobre la mesa).* La pesadilla terminó. *(Mientras cuelga la cartera en el respaldo de la silla habla conmovida).* Ya podemos colocar el cuadro original, donde aparece tu hermano. Te juro que no paré de llorar de la emoción ni un segundo.

ESTEBAN. *(Le habla disimulando el enfado).* ¿Estás loca? Aún es demasiado pronto, no es seguro.

BETY. ¡Claro que estoy loca! Loca de felicidad. ¡Que tu hermano regresa hoy después de siete interminables años! *(Se coloca a su lado y estira la mano con la palma hacia arriba).* Vengo a que me des la llave de su casa, no sé porque te empeñaste en que no la tenga. ¿Me imagino que la dejaste como te pedí? No quiero que le falte nada. *(Mirando al cielo).* ¡Por fin volveremos a estar todos juntos!

ESTEBAN. ¿Todos juntos? ¿Todos juntos? ¿Se te olvidó que papá ya no está con nosotros? ¿Se te olvidó que tu hijito se fue y nos dejó a todos en medio de la mierda que estábamos viviendo?

BETY. *(Esbozando una leve sonrisa compasiva).* ¿Cómo lo voy a olvidar? No hablés así con ese resentimiento, estaban perseguidos. Él, su mujer y mi nieta de solo cuatro años. No les quedaba otra que huir.

ESTEBAN. Él sabía en lo que se metía, se arriesgó porque quiso y puso en peligro a toda la familia, no sólo a su mujer y su hija, ¡A todos! A vos, a papá, a mí y a mi familia. Yo también tengo hijos.

BETY. Lo sé, pero vos no estabas en su situación.

ESTEBAN. Claro que no, yo no hice nada malo.

BETY. Todo el mundo se puede equivocar. *(Mira el cuadro que está colgado en la pared).* Además ¿Qué querés? ¿Borrarlo de la familia? ¿Hacer como si no existiera?

ESTEBAN se sienta en la silla de la cabecera izquierda. Sostiene su cara con las dos manos. BETY

se queda en silencio mientras lo mira. Luego coge el mate, toca la pava, ceba uno y se lo toma.

ESTEBAN. Estará frío. Llegaste media hora tarde.

BETY. No pasa nada, se deja tomar. *(Termina y ceba otro para dárselo a él)*. ¿Me podés dar la llave de la casa que le hemos dejado a tu hermano?

ESTEBAN toma el mate, respira hondo, se lo devuelve y se levanta evitando mirar a su madre. BETY lo observa mientras toma otro, luego lo deja en la mesa.

BETY. Esteban *(Hace una pausa)*. Tu hermano está por llegar.

ESTEBAN. *(La mira con una mezcla de sorpresa y horror)*. ¿Cómo? ¿Hoy? Pero... dijiste que decidiría la fecha después de que asumiera Alfonsín para asegurarse de que no había peligro.

BETY. Me rogó que no te lo dijera, que quería darte una sorpresa.

ESTEBAN. ¡Me cago en Dios!

BETY. ¡Esteban! No metas a Dios en esto. ¿Me podés decir qué está pasando? No puedo creer que no te alegres. Entiendo que tengas cuentas pendientes con él, pero es tu hermano. El que te cuidaba cuando eras pequeño. El que te apoyó siempre en todos tus emprendimientos, el que...

ESTEBAN. El que se fue cuando más lo necesitábamos, el que no vino cuando enfermó papá, ni cuando murió, el que te dejó llorando cada noche, pensando que nunca volverías a verlo. El que dejó que los militares entraran a nuestra casa, la pusieran patas arriba y nos amenazaran con perderlo todo y hacernos boleta a nosotros también. *(Se acerca y le agarra de las manos, mientras le habla con ternura)*. Puedo entender que vos quieras pasar por alto todas estas cosas porque sos su madre, pero yo no, yo no tengo por qué perdonar todo lo que nos hizo vivir. Por mí, que se quede en la calle.

BETY. No hablás vos, habla tu herida. Puedo no coincidir con las ideas de tu hermano, pero conozco su corazón más que nadie. Siempre fue un apasionado y eso muchas veces le hizo errar, pero vos más que nadie sabés que no aguantaba ninguna injusticia. Y además sabés que te quiere con locura y que confía en vos ciegamente, o se te olvida que te dio un poder universal para manejar sus bienes.

ESTEBAN. Porque no le quedaba otra. *(Hace silencio mientras camina de un lado al otro)*. ¿Y a dónde llega?

BETY. Acá. A tu casa.

ESTEBAN. *(Da un golpe a la mesa)*. ¡Mierda! ¡Me lo tenías que decir, Vieja!

BETY. Pero él quería darte esa alegría.

ESTEBAN. ¿Alegría? Que esto no es una fiesta de cumpleaños, mamá. *(Con Ironía)*. ¡Sorpresa! ¡Felicidades! ¡Regresó el héroe! Acá estamos esperándote, como si no hubiera pasado nada. ¡Cómo te quiero hermano! *(Mira la foto en la pared, descuelga el cuadro y lo tira al suelo, luego coge el otro que está sobre la mesa, le saca el papel y lo cuelga en el lugar del anterior)*. Aquí estamos todos juntos, volvemos a ser una familia unida. *(Habla mirando a su hermano que ahora sí aparece en la foto familiar y que encaja perfectamente en las marcas que se veían en la pared)*. Papá murió y a vos te importó una mierda, pero no pasa nada. ¡Sorpresa! Estamos todos juntos. Mamá no lloró ni una lágrima mientras te buscaba en las comisarías, pensando que te habían desaparecido o matado, hasta que se enteró que habías huido y estabas a salvo, porque aquí no pasaba nada. *(Sube el tono, lleva los ojos bien abiertos y el cuerpo tenso)*. ¿No? ¡Brindemos por el regreso del primogénito, el que hizo lo que se le cantó las bolas jugando a ser el salvador del mundo! ¡El mismísimo Jesucristo!

BETY. ¡Basta! Sabés perfectamente que esto no fue un juego, que podía estar equivocado con sus ideas, pero eso no justifica de ninguna manera lo que estos asesinos hicieron. Podés enojarte con tu hermano porque tuviste que hacerte cargo de todo, incluso de sostenernos a tu padre y a mí en momentos tan difíciles, pero tu hermano nunca se hubiera ido si estos canallas no hubieran tomado el poder a la fuerza. Nadie se merece que lo destierren, lo persigan e incluso que lo torturen y le quiten

los hijos por pensar distinto, por defender la democracia. Así que dame la llave, y vamos a recibir a tu hermano, porque para él tampoco debe haber sido fácil.

ESTEBAN no puede mirarla a los ojos. Permanece en silencio con la mirada fija en el cuadro que está en el suelo. BETY se acerca y lo agarra del brazo.

BETY. Vamos hijo, yo también sé que lo querés. Guardá esa bronca que tenés. Recojamos el cuadro y dame la llave así se la doy cuando llegue.

ESTEBAN. No puedo.

BETY. ¿Qué no podés?

ESTEBAN. Darte las llaves.

BETY. No entiendo.

ESTEBAN. La casa ya no es nuestra.

BETY. ¿Cómo? ¿Qué hiciste?

ESTEBAN. La vendí.

BETY. No. Vos no harías eso.

ESTEBAN. Sí, lo hice e invertí el dinero en Uruguay. Me asocié con Carlitos Ramírez, ¿Te acordás de él? Compramos unos apartamentos de lujo en Punta del Este.

ESTEBAN busca los ojos de BETY y la mira fijamente.

BETY. ¿Escuché bien? ¿El Sargento Ramírez?

ESTEBAN. Sí, mi excompañero de la secundaria. (*Silencio*). A vos no te hice nada, yo siempre estuve a tu lado, yo siempre te acompañé, hice lo que papá y vos esperaban de mí. Así que...

BETY. (*Interrumpiendo a ESTEBAN*). Hiciste negocios con los asesinos.

ESTEBAN. A él lo defendés ciegamente, pero a mí me juzgás, no es justo. *(Se acerca a BETY y le habla con ternura)*. Yo estuve presente cuando lo necesitaste. Yo te amo más que a nada ni a nadie, mamá.

Suena el timbre. ESTEBAN se dispone rápidamente a ir a recibir al hermano.

BETY. ¡Vos te quedás acá!

ESTEBAN queda como petrificado ante la orden tajante de BETY. Ella agarra la cartera, se acerca al cuadro que está en la pared lo descuelga y mira a ESTEBAN.

ESTEBAN. Mamá...

BETY. Ya está todo dicho. Me voy con ellos. *(Antes de salir se da la vuelta y lo mira)*. Al final los militares lograron quitarme dos hijos.

BETY se retira con el cuadro en la mano y ESTEBAN se sienta y se escucha de fondo la alegría del reencontro. La escena se va oscureciendo.



II Taller de Escritura Teatral

Nivel Inicial 2025
Escuela de Teatro y Doblaje Remiendo

Impartido por:
**Luis Felipe Blasco, Gracia Morales
y Juan Alberto Salvatierra**

